

sentir, muy maliciosas.»—«¡Oh! lo ha reparado todo. ¡Escuchad!»—«Sin embargo, los denunciadores se compreten á probarlas, y lo juran por su vida.» Con esta frase la carta se hace amenazadora. Los que están al lado de Seyano se apartan de él: «¡Más lejos! ¡más lejos! ¡Dejadnos pasar!» El pesado Sanquinio salta anhelante por encima de los bancos para huir. Entran los soldados; entra Macrón. Y, por último, la carta manda detener á Seyano. Se le abruma á denuestos: «¡Fuera de aquí!—¡al calabozo!—¡merecido lo tiene!»—Coronemos todas nuestras puertas de laureles; que lleven en seguida al Capitolio un buey con los cuernos dorados y adornado de quirnaldas, y que se le sacrifique á Júpiter por la salvación de César.—Que se borren todos los títulos del traidor.—Que se echen abajo sus imágenes y sus estatuas.—¡Libertad, libertad, libertad! Llor á Macrón, que ha salvado á Roma (1).» Son los ladridos de una jauría furiosa, soltada al fin contra el que la ha molido á palos y á cuyos pies se arrastraba. Jonson encontraba en su alma enérgica la energía de esas pasiones; y la lucidez de su espíritu, unida á su ciencia profunda, impotentes para construir caracteres, le deparan las ideas generales y los pormenores salientes que bastan para componer las pinturas de costumbres.

IV

Por lo mismo, hacia ese lado se inclina su talento: casi toda su obra consiste en comedias, no sentimen-

(1) *Ibidem.*

tales y fantásticas como las de Shakspeare, sino imitativas y satíricas, hechas para representar y corregir las ridiculeces y los vicios. Introduce un género nuevo; sobre este punto tiene una doctrina; sus maestros son los antiguos Terencio y Plauto. Observa casi exactamente las unidades de tiempo y de lugar. Se burla de los autores que, en la misma obra, «presentan al mismo personaje en la cuna, hombre hecho y viejo de sesenta años; que, con tres espadas herrumbrosas y frases de á vara, hacen desfilar delante de vosotros todas las guerras de York y de Lancaster; que tiran petardos para asustar á las señoras y derriban tronos desvencijados para divertir á los niños (1)». El quiere presentar en escena «acciones y palabras como las que se ven y oyen en el mundo, quiere dar una imagen de su tiempo». No más «monstruos, sino hombres», hombres como los que vemos en la calle, con sus singularidades y su genio, con «esa cualidad peculiar que, inclinando en un mismo sentido todas sus potencias y todas sus pasiones», los marca con un sello único. Ese carácter saliente es el que él pone de manifiesto, no con curiosidad de artista, sino con odio de moralista. «Flagelaré á esos monos y les pondré delante de los ojos un espejo tan grande como el teatro en que nos movemos. En él verán disecadas las deformidades de la época, hasta el último nervio y hasta el último músculo, con valor firme y desprecio del temor... Mi rígida mano ha sido hecha para estrujar el vicio, para retorcerle, para exprimir la sandez de esas almas esponjosas que absorben todas las bajas vanidades (2).» Claro que una idea preconcebida tan

(1) Prólogo de *Every man in his humour*.

(2) *Ibidem.*

resuelta y absoluta puede perjudicar á la naturalidad dramática; muy á menudo las comedias de Jonson son rígidas; sus personajes son caprichosos, laboriosamente contruidos, simples autómatas; el poeta ha pensado más en aplastar un vicio que en crear seres vivientes; las escenas se engarzan ó chocan de un modo mecánico; se descubre la hilaza, se trasluce por todas partes la intención satírica; se echa de menos la imitación delicada y flexible y también el numen seductor y copioso de Shakspeare. Pero que dé Jonson con pasiones violentas, manifestamente malvadas y viles, y hallará en su energía y en su indignación el talento de hacerlas visibles y odiosas: producirá el *Volpone*, obra sublime, la pintura más viva de las costumbres del siglo, donde resplandece toda la belleza de los apetitos desordenados, donde la lujuria, la crueldad, la pasión del oro, el impudor del vicio, despliegan una siniestra y espléndida poesía, digna de una bacanal de Ticiano (1). Todo eso se desborda desde la primera escena: «¡Saludemos al día, dice Volpone, y después á mi oro! ¡Abre la urna para que vea yo mi santo!» Ese santo son montones de oro, de alhajas, de vajilla preciosa. «¡Salud, alma del mundo y mía! Hijo del sol, más brillante que tu padre, déjame besarte con adoración á ti y á todos esos tesoros, reliquias sagradas de esta pieza bendita (2).»

Un instante después, el enano, el eunuco y el andrógino de la casa, entonan una especie de intermedio pagano; cantan en versos raros las metamorfosis del andrógino, que fué en un principio el alma de Pitágoras. Estamos en Venecia, en el palacio del magnifico

(1) Compárese el *Volpone* (1605) con el *Legatario*, de Regnard, el siglo xvi que acaba con el xvii que principia.

(2) Acto I, esc. I.

Volpone. Esas deformes criaturas, ese esplendor del oro, esa bufonada poética y extraña, transportan al instante el pensamiento á la ciudad sensual, reina de las vicios y de las artes.

El rico Volpone vive á la antigua. Sin hijos ni parientes, fingiéndose enfermo, hace esperar su herencia á todos sus aduladores, recibe sus presentes: «les pasa la cereza por los labios, se la pone en la boca, y luego la retira», complaciéndose en llevarse su oro, pero más aún en engañarlos, á fuer de artista en malicia como en avaricia, y tan gozoso de mirar un gesto de sufrimiento como el fulgor de un rubí.

Se ve llegar al abogado Voltore con un gran presente de plata. Volpone se arroja en la cama, se envuelve en pieles, pone un rimero de almohadas, y parece que va á echar los bofes á fuerza de toser. «Mil gracias, señor Voltore... No quedará sin recompensa vuestro afecto. Yo no puedo durar mucho. Esto se va.» Cierra los ojos como agotado. «¿Soy heredero?» pregunta Voltore al parásito Mosca (1).

Mosca.—¡Si lo sois! Por favor, señor, prometed contarme en el número de vuestras gentes. Todas mis esperanzas se cifran en vuestra señoría. Estoy perdido si no brilla para mí el sol naciente.

Voltore.—Brillará para ti, y te calentará también, Mosca.

Mosca.—Señor, yo no soy el hombre que haya hecho á vuestra merced los peores servicios. Llevo aquí vuestras llaves, cuido de que estén cerrados vuestros cofres y arquillas, guardo el pobre inventario de vuestras joyas, plata y vajilla; soy vuestro intendente, señor, velo por vuestra hacienda.

(1) Acto I, escena I.

Voltore.—¿Pero soy único heredero?

Mosca.—Sin asociado, señor, confirmado esta mañana. Aún está caliente el lacre y apenas se ha secado la tinta en el pergamino.

Voltore.—¡Qué feliz, qué feliz soy! ¿A qué debo esta suerte, querido Mosca?

Mosca.—A vuestro mérito, señor. Yo no conozco otra causa.»

Y le puntualiza la abundancia de bienes en que va á nadar, el oro que va á caer sobre él á raudales, la opulencia que va á fluir por su casa como un río. «¿Cuándo queréis que os traiga el inventario, señor? ¿O la copia del testamento?» Con esas palabras terminantes, con esos pormenores sensibles se encienden las imaginaciones. Así acuden los herederos, unos tras otros, como bestias rapaces. El segundo es un avaro, Corbaccio, viejo, sordo, cascado, casi moribundo, y que, sin embargo, espera sobrevivir á Volpone. Para estar más seguro de ello, querría que Mosca le diese un buen narcótico. Lleva consigo ese excelente narcótico; le ha hecho preparar á su vista; lo propone. Su alegría, al suponer á Volpone más enfermo que él, es amargamente cómica. «¿Cómo va?» pregunta.

Mosca.—Sigue con la boca entreabierta y los párpados cerrados.

Corbaccio.—Bien.

Mosca.—Una rigidez glacial entorpece todos sus miembros y da á su carne el color del plomo.

Corbaccio.—Eso es bueno.

Mosca.—El pulso, lento y apagado.

Corbaccio.—Buen síntoma también.

Mosca.—Y de su cerebro... (*gritando con más fuerza*).

Corbaccio.—Te oigo. Bien.

Mosca.—Corre un sudor frío, con un humor que le destila continuamente del rabillo del ojo.

Corbaccio.—¿Es posible? Pues lo que es yo, estoy mejor. ¡Je, je! ¿Cómo anda de los desvanecimientos de cabeza?

Mosca.—¡Oh señor! el desvanecimiento ha pasado. Ahora ha perdido el sentido; ha dejado de estertorar. Apenas podriais notar que respira.

Corbaccio.—¡Excelente! ¡excelente! De fijo le sobreviviré. Esto me quita de encima veinte años.»

«Si queréis heredar, el momento es propicio. Pero no dejéis que se os anticipen. El Sr. Voltore acaba de traer un gran regalo.—Ten, Mosca (dice Corbaccio): mira. Aquí hay un talego de cequies, que pesará más en la balanza.—Haced otra cosa más: desheredad á vuestro hijo, instituid heredero á Volpone y enviadle vuestro testamento.—Sí: lo había pensado.—Será de un efecto portentoso. ¡Desheredar á un hijo tan bueno, de tan gran mérito! ¿Resistirá á semejante prueba de cariño?—Dices bien, sí; pero la idea es mía.—¡Y luego estáis tan seguro de sobrevivirle!—Sin duda.—Con una salud floreciente como la vuestra.—Verdad (1).» Y se va sin oír las injurias y las burlas que le dirigen: tan sordo es.

Viene luego el comerciante Corvino, que trae una perla de Oriente y un soberbio diamante. «¿Soy heredero?—Sí; Voltore, Corbaccio y otros cien estaban aquí, con la boca abierta, alampando por la herencia. Tomé pluma, papel y tinta, y le pregunté á quién quería por heredero. ¿A Corvino? A quién por ejecutor testamentario. ¿A Corvino? A todas las preguntas callaba, y no interpreté como prueba de asentimiento

(1) *Ibidem.*

los movimientos de cabeza que hacía por pura debilidad.—¡Oh, mi querido Mosca! Pero ¿tiene hijos?—Una docena ó más de bastardos que engendró, cuando estaba borracho, de mendigas, de gitanos, de judías y de moras. No tengáis cuidado: no oye. Reíos como yo, maldecidle, injuriadle. ¿Queréis que le remate?—Dentro de un rato, cuando yo me haya ido (1).» Corvino se va al momento, porque las pasiones de entonces tienen toda la belleza de la franqueza. Y Volpone, tirando la ropa de enfermo, exclama: «¡Divino Mosca! Hoy te has superado á ti mismo. Veamos: Un diamante, plata, cequíes; una buena mañana... Prepárame música, bailes, banquetes, todas las delicias. No es más sensual el turco en sus placeres que lo seré Volpone (2).»

Tras esa invitación, Mosca le hace el más voluptuoso retrato de la mujer de Corvino: Celia. Acometido de un súbito deseo, Volpone se disfraza de charlatán y va á cantar al pie de las ventanas con una verbosidad de sacamuelas: porque es cómico por naturaleza, como buen italiano, pariente de Scaramucio, así en la plaza pública como en su casa. Una vez que ha visto á Celia, la quiere á todo trance. «Mosca, toma mis llaves: oro, plata, joyas, todo está á tu disposición. Empléalo á tu albedrío. Empéñame, véndeme á mi mismo; pero satisface en esto mi deseo (3).» Mosca va á decir á Corvino que el aceite de un curandero ha sanado á su amo, y que se busca una muchacha guapa para acabar la cura. «¿No tenéis alguna parienta? Uno de los doctores ha ofrecido su hija.—¡Miserable! (grita Corvino). ¡Miserable codicioso!». El, el celoso intratable, se ve inducido insensiblemente

(1) *Ibidem.*(2) *Ibidem.*

(3) Acto II, escena III.

á ofrecer su mujer. Ha dado ya demasiado. No quiere perder sus anticipos. Es como el jugador medio arruinado, que con mano convulsa arroja al tapete el resto de su fortuna. Lleva á aquella dulce mujer que llora y resiste. Excitado por su propio dolor secreto, se pone furioso (1).

«¡Condenada te veas! He de arrastrarte fuera de aquí, hasta casa, por los pelos. Gritaré por las calles que eres una zorra. Te rajaré la boca hasta las orejas y te abriré la nariz como la de un salmonete.—No me tientes. Ven, cede. Estoy cansado.—¡Por la muerte! Yo he de comprar un esclavo á quien mataré, y te ataré á él viva, y os colgaré á los dos de mi ventana, inventando algún crimen monstruoso que escribiré en letras grandes con agua fuerte, con corrosivos abrasadores, sobre ese pecho obstinado. Sí, por la sangre que has enardecido, te juro que lo haré.

Celia.—Señor, lo que os plazca podéis hacerlo. Soy vuestra mártir.

Corvino.—No seáis tan terca. Yo no lo he merecido. Mirad que os lo ruego. ¡Por favor, amor mío! Tendrás joyas, vestidos, adornos, cuanto puedas imaginar ó pedir. Ve siquiera á besarle, ó tócale nada más. Por amor á mí. Anda, una vez siquiera. ¿No? ¿no? ¡Lo tendré en la memoria! ¿Quieres afrentarme entonces? ¿Anhelas perderme (2)?»

En esto Mosca se vuelve hacia Volpone:

«El señor Corvino, sabedor de la consulta celebrada últimamente acerca de vuestra salud, ha venido á ofrecer, ó, más bien, á prostituir...

(1) Suplicamos al lector que nos perdone las groserías de Jonson. Si las omito, no puedo ya pintar el siglo XVI. Concédase al historiador la misma indulgencia que al anatómico.

(2) Acto III, escena V.